

novelización y de los entusiasmos de la guerra. En vista de lo expuesto que carece de razón el Sr. Bulnes al hablar tan despectivamente como lo hace del Ejército republicano, me en su 1.ª División de una sorpresa sensible, como

### CAPITULO III

#### EL EJÉRCITO REPUBLICANO

**A**SIENTA el Sr. Bulnes que después de la rendición de Puebla, la campaña que siguió el Ejército intervencionista en el interior del país, se redujo á «una persecución sobre fugitivos intensamente desmoralizados,» que formaban fuerzas «deplorablemente cabardes;» porque al abandonar el Sr. Juárez la Capital de la República, el 31 de mayo de 1863, para establecer su gobierno en San Luis Potosí, dicho Ejército, con su reciente triunfo alcanzado en Puebla, sus cuantiosos recursos pecuniarios y sus «60,000 hombres,» que á las pocas páginas hace ascender el Sr. Bulnes á «30,000 franceses y 50,000 soldados mexicanos imperiales,» ó sean, según dice, «ochenta mil hombres apoyados por sesenta millones de pesos,» el pánico había soplado «en la conciencia de casi todos los jefes, oficiales y soldados republicanos;» por lo que, en corto tiempo, de «43,000 hombres de fuerzas regulares levantadas con inmensos esfuerzos, 40,000 habían desaparecido rápidamente por el hambre y la deserción,» I

1 Dos páginas más adelante escribe el autor, que el Sr. Juárez sólo levantó 40,000 soldados de los cuales 35,000 no hicieron más que correr y temblar, desbandarse ó desertarse: el Sr. Bulnes no explica por qué reduce las cifras que primero ha dado.

dispersándose, temblando ante el enemigo, huyendo, rindiéndose sin batirse, sin resistencia, sin esfuerzo.

Calumnia el Sr. Bulnes á los heroicos defensores de nuestra segunda independencia, y lo hace con una agravante inperdonable, á saber, que mientras que para el Ejército extranjero se revela generoso y reverente, hasta el punto de advertir cuando llega á establecer alguna apreciación un tanto desfavorable: «yo no trato de ofender al soldado francés; soy el primero en reconocer que es muy valiente y que su historia es muy gloriosa;» para los soldados mexicanos, que son sus compatriotas y que por lo menos merecen consideraciones iguales, no tiene el menor miramiento ni la más ligera simpatía, y antes bien se complace en mostrarse excesivamente denigrativo: el Sr. Bulnes califica, así, á los soldados republicanos de chusmas desmoralizadas, miserables por su disciplina, «que tenían ganas de todo menos de batirse,» brillantes por su cobardía, que les atemorizaba en grado extraordinario el combate al arma blanca, y que á causa de esto recibían «por la espalda,» las cargas á la bayoneta. Si el Sr. Bulnes, en lugar de acoger solamente tres ó cuatro falsos dichos de escritores apasionados, hubiera consultado los numerosos textos históricos auténticos que existen, habría aprehendido que los soldados republicanos, el 25 de abril de 1863, al mando del entonces Coronel Mariano Escobedo, batieron á los franceses *á la bayoneta* en Puebla, «de una manera honrosa y satisfactoria;» I que el 6 del siguiente

1 González Ortega, Parte General, pág. 97.



mes, á las órdenes del General Aureliano Rivera, cargaron sobre los zuavos *á la bayoneta* en Barranca Honda, I desalojándolos de sus trincheras y obligándolos á retirarse en «desorden á la cima del cerro;» 2 que tres días después, el 3.<sup>er</sup> Batallón de Oaxaca y el de Independientes de Puebla, que mandaba el General O'Horán, se abrieron paso *á punta de espada* por entre las fuerzas enemigas que defendían el arroyo de Tenejaque, 3 y por último y para no alargar, que el 3 de octubre de 1866, en Miahuatlán, al mando del General Díaz que marchaba intrépidamente á su cabeza, cargaron sobre el enemigo *al arma blanca*, una vez que agotaron las escasas municiones que tenían, lo destrozaron por completo, le hicieron muchos prisioneros, le tomaron su artillería, fusiles y municiones y le obligaron á huir y á dispersarse: 4 el General Díaz sólo tenía «seiscientos hombres desnudos, sin armas y sin municiones,» en tanto que el Jefe enemigo, General Oronoz, contaba con una brigada de mil cien hombres de las tres armas, perfectamente dotada y organizada y provista de todo género de recursos. 5

Esos soldados republicanos, á quienes tanto lastima el Sr. Bulnes, son acreedores al más alto respeto de

1 Santibáñez, Reseña, tomo I, pág. 392.

2 Minuta original del Parte dirigido, el 6 de mayo á la 1 de la tarde, por el General Comonfort al Supremo Gobierno. Obra en mi poder.

3 Parte rendido el 8 de mayo de 1863 por el General O'Horán al General Comonfort. Obra autógrafa en mi poder.

4 Vigil, La Reforma, págs. 791-92.

5 Escudero, Apuntes Históricos, págs. 96-7.

nacionales y extranjeros, porque dejaron en el mayor desamparo á sus familias para luchar por su patria, vestidos de harapos, con pésimo armamento, sufriendo hambre continua, movilizados siempre, sin alcanzar momento de reposo, viendo morir diariamente á su lado á muchos de sus compañeros y esperando á su vez la muerte á cada instante; y porque á pesar de que llegaron, como reconoce el propio Sr. Bulnes, «á un estado de miseria y desnudez imposible de describir;» jamás abandonaron temblorosos, cobardes, ni abatidos, la santa causa que abrazaron desde un principio con fe inextinguible y perseverancia creciente; sino que, animados de perdurable ardor que avivaban y centuplicaban los fracasos de la misma manera que las victorias, la mantuvieron largos años á costa de sacrificios sobrehumanos hasta hacerla triunfar. Para demostrarlo basta conocer las cifras que arroja el *Martirologio de los Defensores de la Independencia de México*, formado por D. Basilio Pérez Gallardo en vista de los partes rendidos por los jefes militares intervencionistas y publicados en el *Diario del Imperio*, de los cuales no es posible dudar. Allí, en esa obra calcada sobre los documentos oficiales de la Intervención, se lee que desde el 1.<sup>o</sup> de abril hasta el 21 de diciembre de 1863, las fuerzas republicanas libraron 93 acciones de guerra, en las que tuvieron 3,991 muertos y 1,740 heridos; durante el siguiente año, 233 acciones, que les causaron 5,351 muertos y 1,830 heridos; en 1865, 278 acciones, donde perdieron 5,719 muertos y 1,567 heridos; en 1866, 333 acciones, en las cuales quedaron 7,167 muertos y 2,923 heridos, y desde enero hasta junio de 1867, fin de la campaña, 83



acciones, más encarnizadas todavía, porque les costaron 9,734 muertos y 244 heridos. Resulta, pues, que las tropas republicanas tuvieron efectivamente el total de pérdidas que indica el Sr. Bulnes, 40,000 en números redondos; pero causadas no por el hambre, ni por la desesperación, ni por el desaliento, ni por la cobardía, sino por las balas enemigas recibidas en incontables luchas que sostuvieron constantemente con denuedo cada vez mayor, sin dejar un solo rincón del territorio nacional donde no combatieran, para honra eterna de la patria, honra no apreciada aún en todo su valor inmenso, y que muy escasas naciones tienen igual: lo digo con sinceridad y convicción.

Es difícil fijar de una manera exacta la cifra de ba-

En el Martirologio citado arriba constan en detalle y en resumen todas las cifras expuestas aquí. Decía el Sr. Juárez en carta que dirigió al señor Pérez Gallardo, el 11 de agosto de 1867, y que publicó éste en el fol. 1.º de su obra, que los informes inapreciables que contenía el *Martirologio*, por estar tomados «de las mismas comunicaciones oficiales de nuestros enemigos, circunstancia notable que basta por sí sola para demostrar no solamente que nada tienen de exagerados, sino que son, por el contrario, exactas las cifras espantosas á que ascendieron las víctimas mexicanas inmoladas por la invasión,» constituían «el mentís más elocuente que podríamos dar en estos momentos á las imputaciones maliciosas del periodismo europeo, tan empeñado en desnaturalizar la verdad de los hechos con la mira de calumniarnos» observaba, además, el Sr. Juárez, que esos informes darían inmensa luz «al historiador imparcial para referir mañana, tales como pasaron, los sufrimientos de nuestro pueblo.» Mas la imparcialidad es circunstancia que no sé compadece con el temperamento intensamente emotivo del Sr. Bulnes.

jas sufridas por el Ejército intervencionista durante toda la campaña: el Imperio las reducía sistemáticamente al publicar los partes respectivos en su órgano oficial y aun las callaba con frecuencia. Sin embargo, conforme á una declaración que hizo ante el Cuerpo Legislativo francés Mr. Jules Favre, la cual cita el Sr. Bulnes, habían quedado inmoladas en la guerra mexicana, hasta 1865, «ocho mil vidas de los mejores hijos de Francia;» respecto de los soldados intervencionistas «puramente mexicanos,» quedaron fuera de combate, según el cómputo formado por el Sr. Pérez Gallardo con los datos contenidos en esos mismos partes, 706 hombres el año de 1863, 985 el de 1864, 1583 el de 1865, 3622 el de 1866 y 934 en los primeros meses de 1867. Para estimar debidamente estas cifras, hay que tener en cuenta, que fueron no sólo mucho mayores en realidad las pérdidas sufridas por el Ejército intervencionista, sino causadas además por fuerzas muy inferiores en número, recursos pecuniarios y toda clase de elementos de guerra; el Sr. Bulnes nos ha dicho que los soldados intervencionistas ascendían á 80,000 hombres y que contaban con sesenta millones de pesos, mientras que los republicanos se elevaban apenas á 40,000 hombres y se encontraban en un estado de miseria y desnudez imposible de describir: entendemos que el autor se refiere al año de 1863; pues al hablar luego de 1866, escribe que «el imperio podía contar con 52,000 hombres de excelentes tropas» y que el Gobierno republicano sólo tenía á la sazón 19,100 hombres de fuerzas regulares, que «en su ma-

1 Martirologio, pássim.



yoría estaban mal armadas, mal municionadas, mal alimentadas, desnudas y con muy pocas municiones é insignificante artillería.» Con efecto, nuestro actual Primer Magistrado de la República, entonces caudillo sobresaliente del abnegado Ejército que luchaba por ella de modo indomable, escribía á D. Matías Romero el 2 de febrero de 1866: «Ya puede Ud. suponerse cuánto necesito de recursos y lo mucho que podría hacer si los tuviera; pero si la situación de vd. en este sentido es tan mala como la mía, no pido auxilio, simplemente debo manifestar á vd. que lo necesito, y que haré cuanto pueda con mi tropa desnuda y sus fusiles viejos.» Agregaba el conspicuo Jefe: «No crea vd. que las fuerzas que tengo están bien armadas; muchos de los soldados no tienen mas que lanzas, porque esta es el arma que se hace con mayor facilidad y menor gasto.»<sup>1</sup> Del Ejército del Norte nos dice D. Juan de Dios Arias: «El hábito de la desnudez era tal, que en una ocasión en que una pequeña fuerza republicana se presentó vestida con blusa y pantalon de manta ordinaria, se creyó que era el enemigo; lo mas singular en este caso fué, que lejos de producir celos ó envidias ese pasajero bienestar de un pobre batallon, su presencia causó entre sus compañeros desprovistos, un sentimiento de placer que tenía mucho de tierno y de sublime: hubo felicitaciones y repetidas muestras de contento.»<sup>2</sup>

¿Por qué, entonces, el Sr. Bulnes maltrata sin tino ni medida á esos soldados que luchaban de tal manera

<sup>1</sup> En Romero, Documentos para la Historia de la Intervención, tomo VII, pág. 1061.

<sup>2</sup> Reseña Histórica, pág. 36.

por su patria, no pudiendo esperar para sí más que una muerte ignorada? ¿Por qué intenta afanosamente el Sr. Bulnes deslustrar y ennegrecer las páginas más brillantes y más limpias de nuestra historia?

Parece ciertamente que deplora que existan, pues maldice del Sr. Juárez, porque en vez de sostener, como lo hizo, con energía incontrastable y fe profunda tan gloriosa resistencia, base de nuestra regeneración interior y principio de nuestro prestigio internacional; no dejó «pasar la tormenta, correr el temporal á palo seco,» abandonando á Méjico para refugiarse en los Estados Unidos y esperar allí con imperturbable calma, indefinidamente tranquilo, hasta que Napoleón III se hubiera dignado retirar su ejército del territorio nacional. El Sr. Juárez, agrega el Sr. Bulnes, debió haber llevado consigo á algunos Generales y á todos los oficiales sin colocación posible para que unos y otros aprendieran táctica en la guerra civil que existía allá; debió además haber dado hospedaje á cuantos Gobernadores fuesen arrojados de Méjico por las fuerzas intervencionistas, y procurado, en fin, que se hubiera mantenido aquí la guerra por medio de pequeñas guerrillas, «lo más débil posible,» mientras él regresaba con sus Generales y oficiales ya enseñados, para proseguir la campaña vigorosa é invenciblemente, pensamos nosotros que no contra los franceses retirados por su monarca, sino contra los mexicanos imperiales. Las cuantiosas sumas que el Sr. Juárez necesitaba para subsistir en los Estados Unidos y mantener á las incontables personas que desde un principio tenía que llevar consigo y á las no menos numerosas que después se le fueran agregando, lo mismo que



para abrir á su vuelta la campaña *final*, las pudo obtener fácil y brevemente con sólo recaudar los productos de la aduana de Tampico durante «dos meses,» de la de Mazatlán durante «cinco» y de la de Piedras Negras y de Matamoros durante «catorce,» productos que el Sr. Bulnes fija autoritariamente en «cuatro millones y medio de pesos.» Prescindo del derecho que tendría yo para no tomar en serio este programa extravagante, y paso á analizarlo, como si entrañara un asunto digno de estudio.

La salida del Sr. Juárez fuera del territorio nacional, equivalía á dar el golpe de gracia á la autonomía é independencia de México, que sólo en él quedaban personificadas. El Imperio habría obtenido pronto el pleno reconocimiento de las naciones amigas de la República, porque éstas no habrían podido ya fundar su excusa en la existencia de un Gobierno legítimo. Libre de enemigos militantes, el Archiduque Maximiliano habría multiplicado el número de sus partidarios y robustecido en sumo grado su poder; el Sr. Bulnes conviene en que la «mayoría de las actas de adhesión al imperio fueron voluntarias,» y llega hasta aseverar que la «gran masa nacional cometía el delito de traición;» verdad es que pronto se contradice al echar en cara al Sr. Juárez que incurriera en el craso error de «creer que era posible el imperio de Maximiliano;» pero hace esto únicamente para tener pretexto de añadir un nuevo cargo á su tremenda requisitoria contra el eximio patricio, pues más adelante escribe un capítulo entero con el único fin de demostrar que *el Imperio pudo establecerse en México*, disponiendo, como disponía, de «el clero y el partido con-

servador,» de «el partido de los hombres de orden,» de «todos los moderados,» de «la gran masa razonable,» &, &. Por último, si el Sr. Juárez hubiera abandonado á su patria, aun los más ardientes republicanos, á quienes él infundía tanta fe en la victoria final y mantenía unidos y animosos y perseverantes en la lucha, habrían sentido morir sus ideales de independencia, no habrían alentado ya esperanza de que renacieran y habrían acabado por someterse al Imperio ó por expatriarse ó suicidarse; el General Pedro Baranda escribía con fecha 29 de diciembre de 1865 á nuestro Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos: «La admiración y respeto que en todos los Estados de Oriente se profesa al C. Benito Juárez por la constancia y decision con que ha sabido sostener el decoro nacional, hará que se considere su permanencia en el espinoso puesto que ocupa, como la mejor garantía del triunfo de la causa de México, disipando los temores que habia empezado á ocasionar la idea de su separación.»

No es menos peregrino el aprendizaje de los Generales y oficiales mexicanos en la guerra intestina de los Estados Unidos. ¡Qué desgraciado papel habrían hecho aguardando á recibir lecciones de los extranjeros para aprender á luchar por su patria! Cada general y cada oficial de esos se me antoja un marido que abandonara á su esposa en brazos de un seductor para buscar pacientemente quien lo enseñase á matarlo con alguna arma ó con las solas manos.

1 En Romero, Documentos para la Historia de la Intervención, tomo V, pág. 946.



Fijémonos ahora en la recaudación de los cuatro millones quinientos mil pesos, que, al decir del Sr. Bulnes, pudo hacer el Sr. Juárez únicamente en cuatro de las Aduanas de México y durante muy pocos meses. Ignoramos cuáles documentos haya tenido á la vista el autor antes de determinar dicha cantidad, pues no cuida de indicarlos ni remotamente: sospechamos que no existen. En todo caso opondremos al Sr. Bulnes dos testimonios que no tachará seguramente: el de D. José María Mata y el de D. José María Iglesias, Secretarios de Hacienda ambos durante aquel período calamitoso. Decía el Sr Mata en la Memoria que presentó al Sr. Juárez el año de 1861, que el producto bruto de todos los diversos ingresos del Gobierno de la Unión recaudados en *un año completo*, sin deducir los gastos de administración y recaudación que importaban algo más de \$5.000,000, ascenderían á lo sumo á \$9.895,000, «*en el supuesto de que el país se hallase de paz, y de que los Estados no ocupasen las rentas federales.*»<sup>1</sup> Resulta disparatado por tanto aseverar que durante muy pocos meses, en tiempo de plena revolución, cuando los intervencionistas se habían apoderado ya de las principales aduanas, inclusive la de Veracruz, cuyas entradas superaban entonces á las de todas las demás, podía el Sr. Juárez reunir la enorme cantidad líquida de cuatro millones y medio de pesos, con recaudar simplemente los derechos de importación y exportación en cuatro de las aduanas de segunda categoría. El Sr. D. José María Iglesias escribe que durante la Intervención, «unas veces por la preferencia ab-

<sup>1</sup> Obra arriba citada. págs. 5-6-10

soluta que merecian los gastos militares y otras por la completa falta de recursos, que no permitía cubrir ni esos gastos preferentes, llegó á haber épocas de *verdadera y espantosa miseria* para los que acompañaban al Gobierno. Aconteció así especialmente en el segundo período de su permanencia en el Paso del Norte, donde se llegó á carecer por meses enteros de toda entrada. Fué entonces preciso, que para sostener la escasa fuerza de veinte á veinticinco hombres, á que quedó reducida la escolta del Gobierno, se cuotizaran el Presidente y sus Ministros, desprendiéndose de los escasos recursos personales con que contaban. En cuanto á los militares y empleados, se les dejó de dar por un tiempo los pequeños auxilios que anteriormente se les habia estado ministrando, y se les puso luego á ración de algunos artículos de los mas indispensables para la vida, mediante un contrato celebrado con el comerciante D. Rafael Velarde, que fiaba estos efectos sin garantía y seguridad de que le fuesen pagados. Justo es hacer en esta ocasion una mencion honorífica de esos buenos servidores de la nacion, que así supieron, por cumplir con sus deberes, sobrellevar la miseria á que se vieron reducidos.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Memoria de Hacienda, presentada el 20 de febrero de 1868, págs. 3-4.